

De Alfred Schutz en esta biblioteca

Estudios sobre teoría social

Las estructuras del mundo de la vida  
*Alfred Schutz y Thomas Luckmann*

# El problema de la realidad social

Alfred Schutz  
Maurice Natanson, *compilador*

Amorrotu editores,  
Buenos Aires

Director de la biblioteca de sociología, Luis A. Rigal  
*Collected Papers: I. The Problem of Social Reality*, Alfred Schütz  
© Martinus Nijhoff, La Haya, Holanda, 1962  
Primera edición en castellano, 1974; segunda edición, 1995  
Traducción, Néstor Míguez  
Revisión, Ariel Bignami

Única edición en castellano autorizada por Alfred Schütz, Nueva York,  
y debidamente protegida en todos los países. Queda hecho el de-  
pósito que previene la ley n° 11.723. © Todos los derechos de la  
edición en castellano reservados por Amorrortu editores S.A. Pa-  
raguay 1225, 7° piso, Buenos Aires.

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o  
modificada por cualquier medio mecánico o electrónico, inclu-  
do fotocopia, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y  
recuperación de información, no autorizada por los editores, viola  
derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente  
solicitada.

Industria argentina. Made in Argentina

ISBN 950-518-173-6

*Fernando López*

## 1. El sentido común y la interpretación científica de la acción humana

I. Introducción. Contenido de la experiencia y objetos de pensamiento

### 1. Las construcciones del sentido común y del pensamiento científico

«Ni el sentido común ni la ciencia pueden avanzar sin apartarse del examen estricto de lo que es real en la experiencia». Esta formulación de A. N. Whitehead fundamenta su análisis de la organización del pensamiento.<sup>1</sup> Hasta la cosa percibida en la vida cotidiana es algo más que una simple presentación sensorial.<sup>2</sup> Es un objeto de pensamiento, una construcción de índole sumamente compleja, que no solo incluye formas particulares de sucesiones en el tiempo, que la constituyen como objeto de un solo sentido —p. ej., la vista—,<sup>3</sup> y de relaciones espaciales, que la constituyen como objeto sensorial de varios sentidos —p. ej., la vista y el tacto—,<sup>4</sup> sino también presentaciones sensoriales hipotéticas, imaginadas, que la completan.<sup>5</sup> Según Whitehead, precisamente el último factor nombrado —la imaginación de presentaciones sensoriales hipotéticas— «es la roca sobre la cual se levanta toda la estructura del pensamiento de sentido común»,<sup>6</sup> y corresponde a la crítica reflexiva «interpretar nuestras presentaciones sensoriales como realización efectiva del objeto de pensamiento hipotético de las percepciones».<sup>7</sup> En otras palabras, los presuntos hechos concretos de la percepción de sentido común no lo son tanto como parecen, pues ya exigen abstracciones de índole muy complicada, situación que debemos tomar en cuenta para no caer en la falacia de la materialización inadecuada.<sup>8</sup>

*Vital*

1 Alfred North Whitehead, *The Organization of Thought*,<sup>o</sup> Londres, 1917 reimpresso parcialmente en *The Aims of Education*, Nueva York, 1929, y también como «Mentor-Books», Nueva York, 1949. Las citas se refieren a esta última edición. Para esta primera cita, véase pág. 110. [Agregamos el signo <sup>o</sup> cuando se menciona por primera vez en las notas de cada capítulo una obra que tiene versión castellana. La nómina completa se encontrará en la Bibliografía en castellano al final del volumen.]  
2 *Ibid.*, cap. 9, «The Anatomy of Some Scientific Ideas, I. Fact, II. Objects».  
3 *Ibid.*, págs. 128 y sig. y 131.  
4 *Ibid.*, págs. 131 y 136.  
5 *Ibid.*, pág. 133.  
6 *Ibid.*, pág. 134.  
7 *Ibid.*, pág. 135.  
8 Alfred North Whitehead, *Science and the Modern World*,<sup>o</sup> Nueva York, 1925, reimpresso como «Mentor-Books», Nueva York, 1948, pág. 52 y sigs.

opinión de la ciencia

Declaración

Elaboración

Introducción

Comentario del

La experiencia

Whitehead: "reemplazar por la, por el sentido común por los objetos de la ciencia"

De acuerdo con Whitehead, la ciencia tiene siempre un doble objetivo: primero, elaborar una teoría que concuerde con la experiencia; segundo, explicar, al menos en líneas generales, los conceptos de sentido común acerca de la naturaleza, y para ello conservar en una teoría científica de pensamiento armónico. Con este fin, la ciencia física (única que interesa a Whitehead en este contexto) debe elaborar recursos que permitan reemplazar los objetos de pensamiento de la percepción de sentido común por los objetos de pensamiento de la ciencia.<sup>10</sup> Estos últimos —p. ej., las moléculas, átomos y electrones— no poseen ninguna de las cualidades que determinan una presentación sensorial directa en nuestra conciencia, y solo nos son conocidos mediante la serie de sucesos en que se hallan involucrados, y que, por supuesto, están representados en nuestra conciencia por presentaciones sensoriales. Este recurso permite establecer un puente entre la fluida vaguedad de los sentidos y la definición exacta del pensamiento.<sup>11</sup>

No nos proponemos seguir aquí paso por paso el ingenioso método mediante el cual Whitehead utiliza el principio que acabamos de esbozar para analizar la organización del pensamiento, comenzando con la «anatomía de las ideas científicas» y terminando con las teorías matemáticamente formuladas de la física moderna y las reglas de procedimiento de la lógica simbólica.<sup>12</sup> En cambio, si nos interesa la concepción básica que Whitehead comparte con muchos otros destacados pensadores de nuestra época, tales como William James,<sup>13</sup> Dewey,<sup>14</sup> Bergson<sup>15</sup> y Husserl,<sup>16</sup> y que de modo muy general puede ser formulada así:

Todo nuestro conocimiento del mundo, tanto en el sentido común como en el pensamiento científico, supone construcciones, es decir, conjuntos de abstracciones, generalizaciones, formalizaciones e idealizaciones propias del nivel respectivo de organización del pensamiento. En términos estrictos, los hechos puros y simples no existen. Desde un primer momento todo hecho es un hecho extraído de un contexto universal por la actividad de nuestra mente. Por con-

Belloci in suble con.  
Pensamiento científico  
Whitehead

9 *The Aims of Education*, op. cit., pág. 126.  
10 *Ibid.*, pág. 135.  
11 *Ibid.*, pág. 136.  
12 *Ibid.*, págs. 112-23 y 136-55.  
13 William James, *Principles of Psychology*, vol. 1, cap. ix, «The Stream of Thought», pág. 224 y sig.; cap. pág. 289 y sig.  
14 John Dewey, *Logic: The Theory of Inquiry*, Nueva York, 1938, cap. caps. III-VI-VII-VIII y XII. Véase también el ensayo «The Objectivism-Subjectivism of Modern Philosophy» (1941), reimpresso en la recopilación *Problems of Men*, Nueva York, 1946, pág. 316 y sig.  
15 Henri Bergson, *Matière et Mémoire*, cap. I, «La Sélection des Images par la Représentation».  
16 Véase, por ejemplo, Edmund Husserl, *Logische Untersuchungen*, vol. II, cap. II, «Die ideale Einheit der Species und die neuen Abstraktions Theorien»; muy bien explicado por Marvin Farber en *The Foundation of Phenomenology*, Cambridge, 1943, cap. ix, cap. pág. 251 y sig.; Edmund Husserl, *Ideen zu einer reinen Phänomenologie*, trad. al inglés por Boyce Gibson, Londres, 1931, primera sección; *Formale und transzendentale Logik*, Halle, 1929, secs. 82-86, 94-96 (véase Marvin Farber, op. cit., pág. 501 y sig.); *Erfahrung und Urteil*, L. Landgrebe, ed., Praga, 1939, secs. 6-10, 16-24, 41-43 y *passim*.

siguiente, se trata siempre de hechos interpretados, ya sea que se los considere separados de su contexto mediante una abstracción artificial, o bien insertos en él. En uno u otro caso, llevan consigo su horizonte interpretativo interno y externo. Esto no significa que "n la vida diaria o en la ciencia seamos incapaces de captar la realidad del mundo; sino que captamos solamente ciertos aspectos de ella: los que nos interesan para vivir o desde el punto de vista de un conjunto de reglas de procedimiento; aceptadas para el pensar, a las que se denomina método científico.

## 2. Estructura particular de las construcciones de las ciencias sociales

Si, como sostiene esta concepción, todas las construcciones científicas están destinadas a reemplazar las construcciones del pensamiento de sentido común, surge una diferencia principal entre las ciencias naturales/determinar qué sector del universo de la naturaleza, qué hechos y sucesos de él, y qué aspectos de tales hechos y sucesos son temática e interpretativamente significativos para su propósito específico. Estos hechos y sucesos no son preseleccionados ni reinterpretados; no revelan estructuras intrínsecas de significatividad. La significatividad (*relevance*) no es inherente a la naturaleza como tal, sino que constituye el resultado de la actividad selectiva e interpretativa que el hombre realiza dentro de la naturaleza o en la observación de esta.

Los hechos, datos y sucesos que debe abordar el especialista en ciencias naturales son hechos, datos y sucesos solamente dentro del ámbito de observación que le es propio, pero este ámbito no «esigmática» nada para las moléculas, átomos y electrones que hay en él. En cambio, los hechos, sucesos y datos que aborda el especialista en ciencias sociales tienen una estructura totalmente distinta. Su campo de observación, el mundo social, no es esencialmente inestructurado. Tiene un sentido particular y una estructura de significatividades para los seres humanos que viven, piensan y actúan dentro de él. Estos han preseleccionado y reinterpretado este mundo mediante una serie de construcciones de sentido común acerca de la realidad cotidiana, y esos objetos de pensamiento determinan su conducta, definen el objetivo de su acción, los medios disponibles para alcanzarlo; en resumen, los ayudan a orientarse dentro de su medio natural y sociocultural y a relacionarse con él. Los objetos de pensamiento constituidos por los expertos en ciencias sociales se refieren a los objetos de pensamiento construidos por el pensamiento de sentido común del hombre que vive su vida cotidiana entre sus semejantes, y se basan en estos objetos. Las construcciones usadas por el especialista en ciencias sociales son, pues, por así decir, construcciones de segundo grado, o sea, construcciones de las construcciones hechas por los actores en la sociedad misma, actores

Whitehead

cuya conducta el investigador observa y procura explicar de acuerdo con las reglas de procedimiento de su ciencia.<sup>17</sup>

Las ciencias sociales modernas enfrentan un grave dilema. Circunscribe la escuela de pensamiento que existe una diferencia básica entre la estructura del mundo social y la del mundo de la naturaleza. Esta concepción, sin embargo, conduce a la errónea conclusión de que las ciencias sociales difieren *totó coelo* de las ciencias naturales, con lo que desdén el hecho de que ciertas reglas de procedimiento relacionadas con la organización correcta del pensamiento son comunes a todas las ciencias empíricas. La otra escuela procura contemplar la conducta del hombre tal como el especialista en ciencias naturales contempla la «conducta» de sus objetos de pensamiento, dando por sentado que los únicos métodos científicos son los de las ciencias naturales (sobre todo los de la física matemática), que han redituado tan magníficos resultados. Presupone, además, que basta con adoptar los métodos de las ciencias naturales en cuanto a construcciones teóricas para lograr un conocimiento seguro de la realidad social. Sin embargo, estos dos supuestos son incompatibles. Un sistema conductista idealmente perfeccionado y totalmente elaborado, por ejemplo, nos alejaría mucho de las construcciones en cuyos términos los hombres experimentan su propia conducta y la de sus semejantes en la realidad de la vida cotidiana. Para superar esa dificultad, se requieren recursos metodológicos específicos, entre ellos la construcción de pautas de acción racional. Con el fin de analizar más a fondo la índole específica de los objetos de pensamiento de las ciencias sociales, debemos caracterizar algunas de las construcciones de sentido común empleadas por los hombres en la vida cotidiana, y en las cuales se basan aquellos.

## II. Construcciones de objetos de pensamiento propias del sentido común

### 1. El conocimiento de sentido común que tiene del mundo el individuo es un sistema de construcciones de su tipicidad

Tratemos de caracterizar el modo en que el adulto alerta<sup>18</sup> contempla el mundo intersubjetivo de la vida cotidiana, en cuyo interior

17 Sobre el concepto de reglas de procedimiento, véase Felix Kaufmann, *Methodology of the Social Sciences*, Nueva York, 1944, esp. caps. III-IV; sobre las opiniones divergentes acerca de la relación entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias sociales, *ibid.*, esp. X.

18 En cuanto al significado preciso de esta expresión sin otras indicaciones acerca de las fuentes, como en este caso, la referencia corresponde al presente volumen. (N. de M. Natanson.) [También se dan en castellano las referencias que corresponden al segundo volumen de ensayos de Schutz, *Estudios sobre teoría social*, ed. por Arvin Brodersen, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1974. (N. del E.)]

y sobre el cual actúa como un hombre entre sus semejantes. Ese mundo existía antes de nacer nosotros, y era experimentado e interpretado por otros, nuestros predecesores, como un mundo organizado. Ahora es ofrecido a nuestra experiencia e interpretación. Toda interpretación de este mundo se basa en un acervo de experiencias previas sobre él, que son nuestras o nos han sido transmitidas por padres o maestros; esas experiencias funcionan como un esquema de referencia en forma de «conocimiento a mano».

A este acervo de conocimiento a mano pertenece nuestro conocimiento de que el mundo en que vivimos es un mundo de objetos más o menos bien determinados, con cualidades más o menos definidas, entre los cuales nos movemos, que se nos resisten y sobre los cuales podemos actuar. Sin embargo, ninguno de esos objetos es percibido como si estuviera aislado, sino como situado desde un primer momento dentro de un horizonte de familiaridad y trato previo, que, como tal, se presupone hasta nuevo aviso como el acervo incuestionado — aunque cuestionable en cualquier momento — de conocimiento inmediato. Sin embargo, también las experiencias previas indiscutidas están a mano desde un primer momento como *tipicas*, o sea que presentan horizontes abiertos de experiencias similares anticipadas. Por ejemplo, el mundo exterior no es experimentado como un ordenamiento de objetos individuales únicos, dispersos en el espacio y en el tiempo, sino como «montañas», «árboles», «animales», «hombres», etc. Aunque nunca haya visto un perro irlandés, cuando vea uno sabré que es un animal y, en particular, un perro, que manifiesta todas las características habituales y la conducta típica de un perro, y no de un gato, por ejemplo. Podré preguntar razonablemente: «¿Qué tipo de perro es este?». Esta pregunta da por sentado que la diferencia de este perro en particular con respecto a todos los demás tipos de perros que conozco resalta y se hace cuestionable únicamente por referencia a su semejanza con mis experiencias incuestionadas de perros típicos. Como dice con lenguaje más técnico Husserl — cuyo análisis de la tipicidad del mundo de la vida cotidiana hemos tratado de resumir —, lo que se experimenta en la percepción real de un objeto es transferido apereceptivamente a cualquier otro objeto similar, que es percibido simplemente como del mismo tipo. La experiencia real confirmará o no mi anticipación de la conformidad típica con otros objetos. Si la confirma, el contenido del tipo previsto se ampliará; al mismo tiempo, el tipo se dividirá en subtipos; por otra parte, el objeto real concreto presentará características individuales que, sin embargo, tienen también una forma de tipicidad.

Ahora bien — y esto parece tener especial importancia —: yo puedo tomar el objeto típicamente aperecebido como un *ejemplar* del tipo general y dejarme conducir a este concepto del tipo, pero de ningún modo *tengo* que pensar el perro concreto como un ejemplar del concepto general de «perro». «En general, mi perro irlandés Rover muestra todas las características incluidas en el tipo «perro».

19 Edmund Husserl, *Erfahrung und Urteil*, secs. 18-21 y 82-85; véase también «El lenguaje, los transformos del lenguaje y la textura de la conciencia», esp. págs. 252-57.

según mi experiencia previa. Sin embargo, no me interesa saber precisamente qué tiene en común con otros perros. Veo en él a mi amigo y compañero Rover, distinguiéndolo como tal de todos los demás perdingueros irlandeses, con los que compare ciertas características típicas de apariencia y conducta. Sin un motivo especial, no me siento inducido a ver en Rover un manifiesto, un animal, un objeto del mundo externo, etc., aunque sé que también es todo esto. De tal modo, en la actitud natural de la vida cotidiana, nos interesan únicamente determinados objetos, que se destacan contra el campo cuestionado de otros experimentados previamente, y el resultado de la actividad selectiva de nuestra mente es determinar cuáles de las características particulares de tal objeto son individuales y cuáles las típicas. Más en general, solamente nos interesan algunos aspectos de este objeto particular tipificado. Afirmar que este objeto *S* tiene la propiedad característica *P*, en la forma «*S* es *P*», es un enunciado elíptico, porque *S*, aceptado sin cuestionamiento tal como se me aparece, no es solamente *P*, sino también *q* y *r*, y muchas otras cosas. El enunciado completo debería ser: «*S* es, entre muchas otras cosas, tales como *q* y *r*, también *P*». Si, con referencia a un elemento del mundo presupuesto, afirmo: «*S* es *P*», lo hago porque, en las circunstancias vigentes, me interesa el hecho de que *S* es *P*, mientras no considero significativo que sea también *q* y *r*.<sup>20</sup>

No obstante, los términos «interés» y «significatividad», que acabamos de emplear, apenas designan una serie de complejos problemas que es imposible exponer en el marco de este examen, por lo cual debemos limitarnos a unas pocas observaciones. En cualquier momento de su vida diaria, el hombre se encuentra en una situación biográficamente determinada, vale decir, en un medio físico y sociocultural que él define<sup>21</sup> y dentro del cual ocupa una posición, no solo en términos de espacio físico y tiempo exterior, o de su status y su rol dentro del sistema social, sino también una posición moral e ideológica.<sup>22</sup> Decir que esta definición de la situación está biográficamente determinada equivale a decir que tiene su historia; es la sedimentación de todas las experiencias previas del hombre, organizada en el patrimonio corriente de su acervo de conocimiento a mano, y, como tal, es su posesión exclusiva, dada a él y solo a él.\* Esta situación biográficamente determinada incluye ciertas posibilidades de actividades prácticas o teóricas futuras a las que, para resumir, denominaremos «propósito a manos» (*purpose at hand*). Este propósito es el que define aquellos elementos, entre todos los demás contenidos en tal situación, que son significativos con respecto a él. Este sistema de significatividades determina, a su

<sup>20</sup> Véanse las referencias de la nota 19.

<sup>21</sup> En cuanto al concepto de «definir la situación», véanse los diversos artículos sobre el tema de W. I. Thomas, ahora reunidos en Edmund H. Volkart, ed., *Social Behavior and Personality, Contributions of W. I. Thomas to Theory and Social Research*, Nueva York, 1951, con índice analítico y valioso ensayo introductorio por el recopilador.

<sup>22</sup> Véase Maurice Merleau-Ponty, *Phénoménologie de la perception*, París, 1945, págs. 138.

\* Véase la elección entre diversos proyectos de acción, págs. 91-94. (N. de M. Natanson.)

vez, qué elementos deben ser convertidos en un eustrato de tipificación generalizadora, que características de esos elementos deben ser elegidas como característicamente típicas, y cuáles como exclusivas e individuales; en otras palabras, hasta qué punto debemos penetrar en el horizonte abierto de la tipicidad. Volviendo a nuestro ejemplo anterior: un cambio en mi propósito a mano y el sistema de significatividades que lo acompaña, la modificación del «contexto» dentro del cual me interesa *S*, puede hacer que me interese el hecho de que *S* es *q*, mientras que el hecho de que también es *P* deja de tener importancia para mí.

## 2. El carácter intersubjetivo del conocimiento de sentido común y sus implicaciones

Al analizar las primeras construcciones del pensamiento de sentido común en la vida cotidiana hemos actuado, sin embargo, como si el mundo fuera mi mundo privado y como si estuviéramos autorizados a pasar por alto el hecho de que es, desde el comienzo, un mundo cultural intersubjetivo. Es intersubjetivo porque vivimos en él como hombres entre otros hombres, con quienes nos vinculamos influencias y labores comunes, comprendiendo a los demás y siendo comprendidos por ellos. Es un mundo de cultura porque, desde el principio, el mundo de la vida cotidiana es un universo de significación para nosotros, vale decir, una textura de sentido que debemos interpretar para orientarnos y conducirnos en él. Pero esta textura de sentido —he aquí lo que diferencia al ámbito de la cultura del ámbito de la naturaleza— se origina en acciones humanas y ha sido instituido por ellas, por las nuestras y las de nuestros semejantes, contemporáneos y predecesores. Todos los objetos culturales —herramientas, símbolos, sistemas de lenguaje, obras de arte, instituciones sociales, etc.— señalan en su mismo origen y significado las actividades de sujetos humanos. Por esta razón, somos siempre conscientes de la historicidad de la cultura que encontramos en las tradiciones y las costumbres. Esta historicidad es pasible de ser examinada en su referencia a actividades humanas cuyo elemento constituyente. Por la misma razón, no puedo comprender un objeto cultural sin referirlo a la actividad humana en la cual se origina. Por ejemplo, no comprendo una herramienta si no conozco el propósito para el cual fue ideada, un signo o un símbolo si no sé qué representa en la mente de la persona que lo usa, una institución sin comprender qué significa para los individuos que orientan su conducta con respecto a su existencia. Este es el origen de lo que se denomina postulado de la interpretación subjetiva de las ciencias sociales, que más adelante exigirá nuestra atención.

No obstante, nuestra tarea inmediata es examinar las construcciones adicionales que surgen en el pensamiento de sentido común, si tomamos en cuenta que este mundo no es mi mundo privado, sino un mundo intersubjetivo, y que, por lo tanto, mi conocimiento de él no es asunto mío privado, sino intersubjetivo o socializado desde

Tres aspectos

el principio. Para nuestros fines, debemos tener en cuenta brevemente tres aspectos del problema de la socialización del conocimiento:

- a. La reciprocidad de perspectivas o la socialización estructural del conocimiento.
- b. El origen social del conocimiento o la socialización genética del conocimiento.
- c. La distribución social del conocimiento.

a. La reciprocidad de perspectivas

En la actitud natural del pensamiento de sentido común de la vida cotidiana, presupongo la existencia de semejantes inteligentes. Esto implica que los objetos del mundo son, en principio, accesibles a su conocimiento, o sea que son conocidos o conocibles por ellos. Es algo que sé y presupongo fuera de toda duda. Pero también sé y presupongo que, en términos estrictos, el «mismo» objeto debe significar algo diferente para mí y para cualquiera de mis semejantes. Esto es así por los siguientes motivos:

- i. Yo, por hallarme «aquí», estoy a una distancia diferente de los objetos y experimento como típicos otros aspectos de ellos que él, quien está «allí». Por la misma razón, ciertos objetos están fuera de mi alcance (de mi vista, mi oído, mi esfera manipulatoria, etc.), pero dentro del suyo, y viceversa.
- ii. Mi situación biográficamente determinada y la de mi semejante, y por ende nuestros respectivos propósitos a mano y nuestros sistemas de significatividades originadas en ellos, deben diferir, al menos en cierta medida.

El pensamiento de sentido común supera las diferencias en las perspectivas individuales que resultan de esos factores mediante dos idealizaciones básicas:

- i. La idealización de la intercambiabilidad de los puntos de vista: presupongo —y presumo que mi semejante hace lo mismo— que si cambio mi lugar por el suyo, de modo tal que su «aquí» se convierta, en el mío, estaré a igual distancia de las cosas que él y las verá, con la misma tipicidad, y que además estarán a mi alcance las mismas cosas que están ahora al alcance de él (lo inverso también es verdadero).
- ii. La idealización de la congruencia del sistema de significatividades. Mientras no se pruebe lo contrario, presupongo —y presumo que mi semejante hace lo mismo— que las diferencias de perspectivas originadas en nuestras situaciones biográficas exclusivas no son significativas para el propósito a mano de cualquiera de nosotros, y que él y yo, «Nosotros», suponemos que ambos hemos elegido e interpretado los objetos real o potencialmente comunes y sus características de una manera idéntica, o al menos de una manera «empíricamente idénticas», vale decir, suficiente para todos los fines prácticos.

Es obvio que ambas idealizaciones, la de la intercambiabilidad de los puntos de vista y la de la congruencia de las significatividades —que constituyen en conjunto la tesis general de las perspectivas reciprocas—, son construcciones tipificadoras de objetos de pensamiento que reemplazan a los objetos de pensamiento de mi experiencia privada y la de mi semejante. Mediante esas construcciones del pensamiento de sentido común, se supone que el sector del mundo presupuesto por mí también es presupuesto por usted, mi semejante individual; más aún, que lo presuponemos «Nosotros». Pero este «Nosotros» no nos incluye solamente a usted y a mí, sino también a «cualquiera que sea uno de nosotros», es decir, a todo aquel cuyo sistema de significatividades esté sustancialmente (suficientemente) en conformidad con el suyo y el mío. Así, la tesis general de las perspectivas reciprocas conduce a la aprehensión de objetos y sus aspectos realmente conocidos por mí y potencialmente conocidos por usted como conocimiento de todos. Tal conocimiento es concebido como objetivo y anónimo, es decir, separado e independiente de mi definición de la situación y la de mi semejante, de nuestras circunstancias biográficas exclusivas y de los propósitos reales y potenciales inmediatos que ellas involucran. Debemos interpretar los términos «objetos» y «aspectos de los objetos» en el sentido más amplio posible, como objetos de conocimiento que se presuponen. De tal modo descubriremos la importancia que las construcciones de los objetos de pensamiento interactivos —objetos que se originan en la socialización estructural del conocimiento que acabamos de describir— tienen para muchos problemas investigados, pero no analizados exhaustivamente, por eminentes especialistas en ciencias sociales. Lo que se supone conocido por todo el que compartiera nuestro sistema de significatividades es el modo de vida que los miembros del endogrupo consideran natural, bueno y correcto; <sup>23</sup> como tal, está en el origen de las diversas recetas para manejar cosas y hombres con el fin de enfrentar situaciones tipificadas, de los usos y costumbres, de la «conducta tradicional», en el sentido que daba Max Weber a esta expresión, <sup>24</sup> de los «enunciados obvios» que el endogrupo cree válidos a pesar de ser inconsistentes; <sup>25</sup> en resumen, del «aspecto natural relativo del mundo». <sup>26</sup> Todos estos términos se refieren a construcciones de un conocimiento tipificado y una estructura muy socializada, que reemplazan a los objetos de pensamiento del conocimiento privado mío y de mi semejante con respecto al mundo presupuesto. Sin embargo, este conocimiento tiene su historia, es una parte de nuestra «herencia

23 William Graham Sumner, *Folkways, A Study of the Sociological Importance of Manners, Customs, Mores and Morals*, Nueva York, 1906.  
24 Max Weber, *The Theory of Social and Economic Organization*, trad. al inglés por A. M. Henderson y Talcott Parsons, Nueva York, 1947, págs. 115 y sigs.; véase también Talcott Parsons, *The Structure of Social Action*, Nueva York, 1937, esp. xv.  
25 Robert S. Lynd, *Middletown in Transition*, Nueva York, 1937, esp. xii, y *Knowledge for What?*, Princeton, 1939, págs. 38-63.  
26 Max Scheler, *Die Wissensformen und die Gesellschaftlich, Probleme einer Soziologie der Wissens*, Leipzig, 1926, págs. 58 y sigs. Véase Howard Becker y Helmut Dahlke, «Max Scheler's Sociology of Knowledge», *Philosophy and Phenomenological Research*, vol. II, 1942, págs. 310-22, esp. págs. 315.

societal, y esto nos conduce al segundo aspecto del problema de la socialización del conocimiento, el de su estructura genética.

#### b. El origen social del conocimiento

Solo una parte muy pequeña de mi conocimiento del mundo se origina dentro de mi experiencia personal. En su mayor parte es de origen social, me ha sido transmitido por mis amigos, padres, maestros y los maestros de mis maestros. Se me enseña no solo a definir el ambiente (es decir, las características típicas del aspecto natural relativo del mundo que predomina en el endogrupo como la suma total incuestionada, pero siempre cuestionable, de cosas que se presuponen hasta nuevo aviso) sino también a elaborar construcciones típicas de acuerdo con el sistema de significatividades aceptado por el punto de vista anónimo unificado del endogrupo. Esto incluye modos de vida, métodos para abordar el ambiente, recetas eficaces para el uso de medios típicos tendientes a lograr fines típicos en situaciones típicas. El medio tipificador por excelencia que permite transmitir el conocimiento de origen social es el vocabulario y la sintaxis del lenguaje cotidiano. La jeriga de la vida cotidiana es principalmente un lenguaje de cosas y sucesos nombrados, y cualquier nombre incluye una tipificación y generalización que se refiere al sistema de significatividades predominante en el endogrupo lingüístico que atribuyó a la cosa nombrada importancia suficiente como para establecer un término específico para ella. El lenguaje habitual precientífico puede ser comparado con un depósito de tipos y características ya hechos y preconstituidos, todos ellos de origen social y que llevan consigo un horizonte abierto de contenido inexplorado.<sup>27</sup>

#### c. La distribución social del conocimiento

El conocimiento está socialmente distribuido. La tesis general de las perspectivas recíprocas supera, sin duda, la dificultad de que mi conocimiento real sea meramente el conocimiento potencial de mis semejantes y viceversa. Pero el acervo de conocimiento real a mano differs de un individuo a otro, y el pensamiento de sentido común toma, en cuenta este hecho. No solamente difiere lo que un individuo conoce de lo que conoce su semejante, sino también el modo como conocen ambos los «mismos» hechos. El conocimiento tiene muchos grados de claridad, nitidez, precisión y familiaridad. Para tomar como ejemplo la conocida distinción de William James<sup>28</sup> entre «conocimiento por trato directo» (*knowledge of acquaintance*) y «conocimiento acerca de» (*knowledge-about*), es obvio que conozco muchas cosas a la manera silenciosa del mero trato directo (*acquaintance*), mientras que *attend* tiene conocimiento «acerca de» lo que

les hace ser lo que son, y viceversa. Yo soy «experto» en un campo limitado y «lego» en muchos otros, igual que usted.<sup>29</sup> Todo acervo de conocimiento que un individuo tiene a mano en un momento cualquiera de su vida está estructurado en zonas de diversos grados de claridad, nitidez y precisión. Esta estructura se origina en el sistema de significatividades vigente y, por ende, está biográficamente determinado. El conocimiento de esas diferencias individuales constituye en sí mismo un elemento de la experiencia de sentido común: yo sé a qué médico o abogado «competentes» debo consultar y en qué circunstancias típicas he de hacerlo. En otras palabras, en la vida diaria construyo tipos acerca del campo de trato directo del Otro y del alcance y textura de su conocimiento. Al hacerlo, presumo que él se guiará por determinadas estructuras de significatividades, que se expresan en un conjunto de motivos constantes que conducen a una pauta particular de acción y hasta codeterminan su personalidad. Pero esta afirmación anticipa el análisis de las construcciones del sentido común relacionadas con la comprensión de nuestros semejantes, que constituye nuestra próxima tarea.<sup>30</sup>

#### 3. La estructura del mundo social y su tipificación por parte de las construcciones del sentido común

Yo, ser humano, nacido en el mundo social y que vivo mi existencia cotidiana en él, lo experimento como construido alrededor del lugar que ocupo en él, como abierto a mi interpretación y acción, pero siempre con referencia a mi situación real biográficamente determinada. Solo con referencia a mí logra cierto tipo de mis relaciones con otros el significado específico que designo con la palabra «Nosotros»; solo con referencia a «Nosotros», cuyo centro soy yo, aparecen otros como «Vosotros», y en referencia a «Vosotros», que a su vez se refieren a mí, surgen terceros como «Ellos». En la dimensión del tiempo, existen con referencia a mí, en mi momento biográfico actual, «contemporáneos», con quienes puedo establecer un intercambio de acción y reacción; «predecesores», sobre los cuales no puedo actuar, pero cuyas acciones pasadas y su resultado están

27 Véase «El lenguaje, los trastornos del lenguaje y la textura de la conciencia», pág. 239 y sig.

28 William James, *op. cit.*, vol. 1, pág. 221 y sig.

29 Alfred Schutz, «The Well-Informed Citizen, an Essay on the Social Distribution of Knowledge», *Social Research*, vol. 13, 1946, págs. 463-72 («El ciudadano bien informado», en *Estudios sobre teoría social*, *op. cit.*, cap. 6.)

30 Excepcionando algunos economistas (p. ej., F. A. Hayek, «Economics and Knowledge», *Economica*, febrero de 1937, reimpreso en *Individualism and Economic Order*, Chicago, 1948), el problema de la distribución social del conocimiento no ha atraído la atención que merece de los expertos en ciencias sociales. Abre un nuevo campo para la investigación teórica y empírica que verdaderamente merecería el nombre de sociología del conocimiento, ahora restringido a una disciplina mal definida que se limita a presuponer la distribución social del conocimiento, sobre la cual se basa. Cabría esperar que la investigación sistemática de este campo brindara significativas contribuciones a muchos problemas de las ciencias sociales, como los del rol social, la estratificación social, la conducta institucional u organizativa, la sociología de las ocupaciones y profesiones, del prestigio y el status, etcétera.



abiertos a mi interpretación, y pueden influir sobre mis acciones; y «sucesores», de quienes ninguna experiencia es posible, pero hacia los cuales puedo orientar mis acciones en una anticipación más o menos vaga. Todas estas relaciones muestran las múltiples formas de intimidad y anonimía, familiaridad y ajenezad, intensidad y extensión. En el presente contexto, nos limitamos a la relación que se establece entre contemporáneos. Refiriéndonos todavía a la experiencia de sentido común, podemos presuponer que el hombre es capaz de comprender a su semejante y sus acciones, y que puede comunicarse con otros porque presume que ellos comprenden las acciones de él; y también que, aunque esta mutua comprensión tiene ciertos límites, basta para muchos fines prácticos.

Entre mis contemporáneos hay algunos con quienes, mientras dura la relación, comparto una comunidad no solo temporal sino también espacial. Por conveniencia terminológica, denominaremos a tales contemporáneos «asociados», y a la relación establecida entre ellos una relación «cara a cara», entendiendo esta expresión en un sentido distinto del utilizado por Cooley<sup>32</sup> y sus sucesores; con ella solo designamos un aspecto puramente formal de la relación social, aplicable por igual a una charla íntima entre amigos y a la copresencia de extraños en un vagón de ferrocarril.

Comparar una comunidad de espacio implica que cierto sector del mundo exterior está por igual al alcance de cada copartícipe, y contiene objetos de interés y significatividad que les son comunes. Para cada copartícipe, el cuerpo del otro, sus gestos, su porte y sus expresiones faciales son inmediatamente observables, no solo como cosas o sucesos del mundo exterior, sino en su significación fisiológica, vale decir, como síntomas de los pensamientos del otro. Comparar una comunidad de tiempo —y esto se refiere no solo al tiempo exterior (cronológico) sino también al tiempo interior— implica que cada copartícipe interviene en la vida en curso del otro, puede captar en un presente vivido los pensamientos del otro tal como este los construye, paso a paso. Así, cada uno de ellos comparte las anticipaciones del futuro del otro —planes, esperanzas o ansiedades—. En resumen, cada uno de los asociados se halla implicado en la biografía del otro; envejecen juntos; viven, por decir así, en una pura relación *Nosotros*.

En tal relación, por fugitiva y superficial que sea, el Otro es captado como una individualidad única (aunque solo un aspecto de su personalidad se ponga de manifiesto) en su situación biográfica única (aunque revelada de manera solamente fragmentaria). En todas las otras formas de relación social (hasta en la relación entre asociados, en la medida en que concierne a los aspectos no revelados del mismo del Otro), el *altruismo* del semejante sólo puede ser captado

31 Alfred Schütz, *Der sinnhafte Aufbau der sozialen Welt*, Vienna, 1932, 2ª ed., 1960. Véase también Alfred Stomler y Karl Bode, «A New Approach to the Methodology of the Social Sciences», *Economica*, vol. 5, noviembre de 1937, págs. 406-24, esp. págs. 416 y sigs.

32 Charles H. Cooley, *Social Organization*, Nueva York, 1909, caps. III-V, y Alfred Schütz, «The Homecomer», *American Journal of Sociology*, vol. 50, 1945, págs. 371. [La vuelta al hogar», en *Estudios sobre teoría social*, op. cit., cap. 5.]

mediante una «contribución de la imaginación de presentaciones hipotéticas de sentido» (para aludir a la frase de Whitehead antes citada), o sea elaborando una construcción de una forma típica de conducta, una pauta típica de motivos subyacentes, de actitudes típicas de un tipo de personalidad, de las cuales no son sino casos o ejemplos el Otro y la conducta suya que se examina, ambas fuera del alcance de mi observación. No podemos elaborar aquí una taxonomía completa de la estructura del mundo social y de las diversas formas de construcciones de tipos de cursos de acción y tipos de personalidad necesarios para captar al Otro y su conducta. Al pensar en mi amigo ausente A, elaboro un tipo ideal de su personalidad y su conducta basado en mi experiencia pasada de A como mi asociado. Al colocar una carta en el buzón, preveo que personas a quienes no conozco, llamadas complejados del correo, actuarán de una manera típica no totalmente inteligible para mí, con el resultado de que mi carta llegará al destinatario en un tiempo típicamente razonable. Aun sin haber conocido nunca a un francés o un alemán, comprendo «por qué teme Francia el rearme de Alemania». Al cumplir con una regla de la gramática inglesa, sigo una pauta de conducta socialmente aprobada de mis semejantes contemporáneos de habla inglesa, a la cual debo ajustar mi propia conducta para hacerme comprender. Finalmente, todo artefacto o utensilio se refiere a los semejantes anónimos que lo elaboraron para ser usado por otros semejantes anónimos con el fin de alcanzar fines típicos por medios típicos.\*

Estos no son más que unos pocos ejemplos, pero ordenados según el grado de creciente anonimía de la relación entre contemporáneos involucrada y, por consiguiente, de la construcción necesaria para aprehender al Otro y su conducta. Se hace evidente que un aumento en la anonimía supone una disminución de la plenitud del contenido. Cuanto más anónima es la construcción tipificadora, tanto más alejada está de la singularidad del semejante individual implicado y tanto menores son los aspectos de su personalidad y pautas de conducta que entran en la tipificación como significativos respecto del propósito a mano para el cual ha sido construido el tipo. Si distinguimos entre tipos personales (subjetivos) y tipos de cursos de acción (objetivos), podemos decir que la creciente anonimía de la construcción conduce al remplazo de los primeros por los segundos. En la anonimía completa, se supone que los individuos son intercambiables, y el tipo de curso de acción se refiere a la conducta de «cualquiera» que actúe de la manera definida como típica por la construcción.

Resumiendo, podemos decir que, excepto en la pura relación *Nosotros* entre asociados, nunca aprehendemos la singularidad individual de nuestro semejante en su situación biográfica única. En las construcciones del pensamiento de sentido común, el Otro aparece, a lo

33 Véase nota 31.

\* Véase Alfred Schütz, «The Problem of Rationality in the Social World», *Economica*, vol. 10, mayo de 1943. (N. de M. Natanson.) [El problema de la racionalidad en el mundo social», en *Estudios sobre teoría social*, op. cit., cap. 3.]

sumo, como un sí-mismo parcial, forma parte incluso de la pura relación. Nosotros sólo con una parte de su personalidad. Esta idea parece importante en varios aspectos. Ayudó a Simmel<sup>34</sup> a superar el dilema entre la conciencia individual y la colectiva, que Durkheim<sup>35</sup> advirtió con tanta claridad; está en la base de la teoría de Cooley<sup>36</sup> acerca del origen del sí-mismo en un «reflejo de espejo»; permitió a George H. Mead<sup>37</sup> elaborar su ingenioso concepto del «otro generalizado»; por último, es decisiva para la clarificación de conceptos tales como los de «funciones sociales», «rol social» y, finalmente, aunque no menos importante, «acción racional».\*

Pero esto no es más que la mitad de la historia. Cuando construyo el Otro como un sí-mismo parcial, como el que desempeña roles o funciones típicos, el corolario es el proceso de autotipificación que se produce si yo entro en relación con él. Yo no estoy implicado en tal relación con mi personalidad total, sino sólo con algunas capas de ella. Al definir el rol del Otro, yo mismo asumo un rol. Al tipificar la conducta del Otro, estoy tipificando mi propia conducta, que se interrelaciona con la suya, transformándose en pasaje, contribuyendo, contribuyente, lector, etc. Esta autotipificación constituye el fondo de la distinción de William James<sup>38</sup> y de George H. Mead<sup>39</sup> entre el «yo» y el «mí» en relación con el sí-mismo social.

Sin embargo, debemos recordar que en gran medida las construcciones de sentido común usadas para tipificar al Otro y a mí mismo tienen origen y aprobación sociales. Dentro del endogrupo, la mayoría de los tipos personales y de los tipos de cursos de acción son presupuestos (hasta que se pruebe lo contrario) como un conjunto de reglas y recetas que hasta ahora han resistido la prueba y se espera que la resistan en el futuro. Más aún, la pauta de construcciones típicas es institucionalizada con frecuencia como una norma de conducta, autorizada por las costumbres tradicionales y habituales, y a veces por medios propios de lo que se denomina control social; tales como el orden jurídico.

34 Georg Simmel, «Note on the Problem: How is Society Possible?», trad. al inglés por Albion W. Small, *American Journal of Sociology*, vol. 16, 1910, págs. 372-91; véase también *The Sociology of Georg Simmel*, (Glencoe, Ill., 1950), trad. al inglés por Kurt H. Wolff, quien estuvo a cargo de la edición y escribió una introducción para ella, e índice analítico en «Individual and Group».

35 Se hallará una excelente exposición de la concepción de Durkheim, en Georges Gurwitsch, *La Vocación Activa de la Sociología*, París, 1950, cap. vi, págs. 351-409; véase también Talcott Parsons, *op. cit.*, cap. 5; Emile Benoit-Simulyan, «The Sociology of Emile Durkheim and his Schools», en Harry Elmer Barnes, ed., *An Introduction to the History of Sociology*, Chicago, 1948, págs. 499-537, y Robert Merton, *Social Theory and Social Structure*, Glencoe, Ill., 1949, cap. IV, págs. 125-50.

36 Charles H. Cooley, *Human Nature and the Social Order*, Nueva York, ed. rev., 1922, pág. 184.

37 George H. Mead, *Mind, Self and Society*, Chicago, 1934, págs. 152-63.

\* Para una clarificación crítica de este concepto, véase «The Problem of Rationality...», *op. cit.* (N. de M. Natanson).  
38 William James, *op. cit.*, vol. I, cap. X.  
39 George H. Mead, *op. cit.*, págs. 173-75, 196-98, 203; «The Genesis of the Self», reimpreso en *The Philosophy of the Present*, 1932, págs. 176-95; «What Social Objects Must Psychology Presuppose?», *Journal of Philosophy*, vol. 10, 1913, págs. 374-80.

#### 4. Tipos de cursos de acción y tipos personales

Debemos ahora investigar brevemente el esquema de acción e interacción sociales que subyace en la construcción de los tipos de cursos de acción y los tipos personales en el pensamiento de sentido común.

##### a. Acción, proyecto y motivo

Tal como se lo emplea en este trabajo el término «acción» designará la conducta humana concebida de antemano por el actor, o sea, una conducta basada en un proyecto preconcebido. El término «acto» designará al resultado de este proceso en curso, vale decir, la acción cumplida. Esta puede ser latente (p. ej., el intento de resolver mentalmente un problema científico) o manifiesta, inserta en el mundo exterior; puede llevarse a cabo por comisión u omisión, considerando la abstención intencional de actuar como una acción en sí. Toda proyección consiste en anticipar la conducta futura mediante la imaginación; sin embargo, no es el proceso de la acción en curso sino el acto que se imagina ya cumplido lo que constituye el punto de partida de toda proyección. Debo visualizar el estado de cosas que provocará mi acción futura antes de poder esbozar los pasos específicos de dicha acción futura de la cual resultará ese estado de cosas. Hablando metafóricamente, antes de poder esbozar los planos debo tener alguna idea del edificio por construir. Así, debo situarme imaginariamente en un tiempo futuro, cuando esa acción ya *haya sido* llevada a cabo. Sólo entonces podré reconstruir en la imaginación cada uno de los pasos que *habrán* producido ese acto futuro.

En la terminología indicada, el proyecto no anticipa la acción futura, sino el acto futuro, y lo hace en el tiempo futuro perfecto, *modo futuri exacti*. Esta perspectiva temporal que es peculiar del proyecto tiene consecuencias bastante importantes.

¡ Todos los proyectos de mis actos futuros se basan en mi conocimiento a mano en el momento de la proyección. A este conocimiento pertenece mi experiencia de actos previamente efectuados y que son típicamente similares al proyectado. Por consiguiente, toda proyección supone una idealización particular, que Husserl denomina idealización del «puedo volver a hacerlo»,<sup>40</sup> es decir, la suposición de que, en circunstancias típicamente similares, puedo actuar de una manera típicamente similar a aquella en que actué antes para producir un estado de cosas típicamente similar. Es claro que esta idealización supone una construcción de carácter especial. En términos estrictos, el conocimiento a mano en el momento de elaborar el proyecto debe dilucidar del conocimiento a mano después de haber efectuado el acto proyectado, aunque solo sea porque «he envejecido» y las experiencias que tuve mientras llevaba a cabo mi proyecto han modificado por lo menos mis circunstancias biográficas

40 Edmund Husserl, *Formale und transzendentale Logik*, sec. 74, pág. 167; *Erfahrung und Urteil*, sec. 24, sec. 51b.

y ampliado mi acervo de experiencia. Así, la acción «repetida» será algo más que una mera re-efectuación. La primera acción,  $A_1$ , comenzó dentro de un conjunto de circunstancias  $C'$  y produjo estado de cosas  $S'$ ; la acción repetida,  $A''$ , comienza en un conjunto de circunstancias  $C''$  y se espera que produzca el estado de cosas  $S''$ . Es inevitable que  $C''$  difiera de  $C'$  porque la experiencia de que  $A'$  logró producir  $S'$  pertenece a mi acervo de conocimiento que forma parte de  $C''$ , mientras que a mi acervo de conocimiento que forma parte de  $C'$  pertenecía solamente la anticipación vacía de que tal cosa sucedería. De modo similar,  $S''$  diferirá de  $S'$  como  $A''$  de  $A'$ . Esto es así porque todos los términos — $C'$ ,  $C''$ ,  $A'$ ,  $A''$ ,  $S'$  y  $S''$ — son sucesos únicos e irreversibles. Sin embargo, exactamente aquellas características que los hacen únicos e irreversibles en sentido estricto quedan eliminadas —para mi pensamiento de sentido común— por no ser significativas para mi propósito. Cuando electú la idealización del «puedo volver a hacerlos, solo me interesa la tipicidad de  $A$ ,  $C$  y  $S$ , sin apóstrofes. La construcción consiste, hablando en términos figurados, en suprimir los apóstrofes por no ser significativos, lo cual, dicho sea de paso, es característico de las tipificaciones de toda clase.

Este punto adquiere especial importancia para analizar el concepto de lo que se denomina acción racional. Es obvio que en las acciones habituales y rutinarias de la vida diaria aplicamos la construcción que acabamos de describir siguiendo recetas y reglas empíricas que han resistido las pruebas a las que hasta ahora se las sometió y, con frecuencia, uniendo medios y fines sin un claro conocimiento de «acerca de» sus conexiones reales. Hasta en el pensamiento de sentido común construimos un mundo de hechos supuestamente relacionados que contienen de manera exclusiva elementos a los que se considera significativos para nuestro propósito.

*ii.* La perspectiva temporal que caracteriza al proyecto aclara en cierta medida la relación entre proyecto y motivo. En el lenguaje habitual, el término «motivo» abarca dos conjuntos diferentes de conceptos, que es necesario distinguir.

*a.* Podemos decir que el motivo de un asesinato fue robar dinero a la víctima. Aquí, «motivo» significa el estado de cosas, el objetivo que se quiere lograr mediante la acción emprendida. Denominaremos a este tipo de motivo el «motivo para». Desde el punto de vista del actor, esta clase de motivos se refiere al futuro. El estado de cosas que será creado por la acción futura, previamente imaginada en su proyecto, es el motivo «para» llevar a cabo la acción.

*b.* Podemos decir que el asesino ha sido motivado a cometer el hecho porque creció en tal o cual ambiente, tuvo tales o cuales experiencias infantiles, etc. Desde el punto de vista del actor, esta clase de motivos, a los que llamaremos «motivos porque (genunos)»,<sup>41</sup> se refiere a sus experiencias pasadas, que lo han llevado

41 Lingüísticamente, los motivos «para» también pueden ser expresados, en las lenguas modernas, mediante oraciones «porque». En cambio, los genunos motivos «porque» no pueden ser expresados mediante oraciones «para». Esta diferencia entre las dos posibilidades de las expresiones lingüísticas concierne-

a actuar como lo hizo. Lo que en una acción está motivado en forma del «porque» es el proyecto de la acción misma (p. ej., satisfacer la necesidad de dinero matando a un hombre).

Aunque aquí no podemos detenernos en un análisis más detallado de la teoría de los motivos,<sup>42</sup> debemos señalar que el actor que vive en su proceso de actuación en curso tiene en vista únicamente el motivo del tipo «para» de la acción en curso prevista, es decir, el estado de cosas que se proyecta crear. Solo volviendo a su acto realizado, o a las fases iniciales pasadas de su acción aún en curso, o al proyecto antes establecido que prevé el acto *modo futuri exacti*, puede el actor aprehender retrospectivamente el motivo «porque» que lo impulsó a hacer lo que hizo o proyectó hacer. Pero entonces el actor ya no actúa; es un observador de sí mismo.

La distinción entre los dos tipos de motivos adquiere vital importancia para el análisis de la interacción humana, a la cual dirigimos ahora nuestra atención.

#### b. Interacción social

Toda forma de interacción social se funda en las construcciones ya descritas, referentes a la comprensión del Otro y el esquema de acción en general. Tomemos como ejemplo la interacción de asociados producida al preguntar y responder. Cuando proyecto mi pregunta, preveo que el Otro comprenderá mi acción (p. ej., el hecho de que yo formule una oración interrogativa) como una pregunta, y que esta comprensión lo inducirá a actuar de tal manera que yo pueda comprender su conducta como una respuesta adecuada. (Yo: «¿Dónde está la tinta?». El Otro señala hacia una mesa.) El motivo «para» de mi acción es obtener información adecuada que, en esta situación particular, presupone que la comprensión de mi motivo «para» se convertirá en el motivo «porque» que lo lleva al Otro a efectuar una acción «para» suministrarme esa información, siempre que esté en condiciones de hacerlo, como presumo. Yo preveo que él entiende mi idioma, que sabe donde está la tinta, que me lo dirá si lo sabe, etc. En términos más generales, preveo que él será guiado por los mismos tipos de motivos que en el pasado —según mi acervo de conocimiento a mano—, nos guiaron a mí y muchos otros en circunstancias típicamente similares. Nuestro ejemplo muestra que hasta la interacción más simple de la vida común presupone una serie de construcciones de sentido común —en este caso, construcciones de la conducta prevista del Otro—, todas ellas basadas en la idealización de que los motivos «para» del actor se convertirán en motivos «porque» de su asociado y viceversa. A esto lo denominaremos *la idealización de la reciprocidad de motivos*.

tes a los motivos «para», por importante que sea en otro contexto, será ignorada en lo que sigue, y las expresiones «motivo porque» u «oración porque» serán reservadas exclusivamente para el genuino «motivo porque» y su expresión lingüística.

42 Véase nota 31.



entrelazadas se revela como una construcción de motivos «para» y «porque» entrelazados que son supuestamente invariables. Cuando más institucionalizada o estandarizada se halla tal pauta de conducta, es decir, cuanto más tipificada está de una manera socialmente aprobada por leyes, reglas, regulaciones, costumbres, hábitos, etc., tanto mayor es la probabilidad de que mi propia conducta autotipificadora produzca el estado de cosas al que apunta.

### c. El observador

Todavía nos falta caracterizar el caso especial del observador que no participa de las pautas de interacción. Sus motivos no están entrelazados con los de la persona o las personas observadas; él está «sintonizado» con ellas, pero no ellas con él. En otras palabras, el observador no participa en los complicados reflejos especulativos que en la pauta de interacción entre contemporáneos permiten que los motivos «para» del actor se hagan comprensibles para el asociado como sus propios motivos «porque» y viceversa. Precisamente este hecho constituye el llamado «desinterés» o distanciamiento del observador. Este no comparte las esperanzas y temores del actor acerca de si se comprenderán uno al otro y lograrán su objetivo mediante el entrelazamiento de motivos. Así, su sistema de significatividades difiere del de las partes interesadas y le permite ver al mismo tiempo más y menos de lo que estas ven. Pero en todas las circunstancias, lo accesible a su observación son solamente los fragmentos manifiestos de las acciones de *ambos* asociados. Para comprenderlos, el observador tiene que valerse de su conocimiento de pautas típicamente similares de interacción en encuadres situacionales típicamente similares, y tiene que construir los motivos de los actores a partir de ese fragmento del curso de acción que está abierto a su observación. Las construcciones del observador difieren, por lo tanto, de las que utilizan los participantes en la interacción, aunque solo sea por el hecho de que el propósito del observador es diferente del propósito de los interactantes, por lo cual difieren también los sistemas de significatividades asignados a tales propósitos. Que el observador pueda, en la vida cotidiana, captar el sentido subjetivo de los actos del actor es una mera probabilidad—aunque esta probabilidad basta para muchos fines prácticos—. Esa probabilidad aumenta con el grado de anonimidad y estandarización de la conducta observada. Para que sus construcciones sean aplicables a la interpretación del sentido subjetivo que los actos observados tienen para los actores, el observador científico de los sistemas de interacción humana, el especialista en ciencias sociales, necesita elaborar métodos específicos para lograrlas. Entre esos recursos, nos interesan aquí especialmente las construcciones de modelos de las llamadas acciones racionales. Examinemos primero el posible significado de la expresión «acción racional» dentro de la experiencia de sentido común de la vida cotidiana.

### III. La acción racional dentro de la experiencia de sentido común \*

El lenguaje común no establece una distinción marcada entre modos de conducta sensatos, razonables, y modos racionales. Podemos decir que un hombre actuó con sensatez si el motivo y el curso de su acción son comprensibles para nosotros, sus asociados u observadores. Tal será el caso si su acción se ajusta a un conjunto de reglas y recetas socialmente aprobadas para enfrentar problemas típicos aplicando medios típicos para lograr fines típicos. Si yo, si Nosotros, si «cualquiera que es uno de nosotros» se encuentra en circunstancias típicamente similares, actuará de manera similar. La conducta sensata, sin embargo, no presupone que el actor esté guiado por la visión de sus motivos y el contexto de medios y fines. Una intensa reacción emocional contra un ofensor podría ser sensata, y abstenerse de ella podría ser absurdo. Si una acción parece sensata al observador y, además, se presume que surge de una elección meditada entre diferentes cursos de acción, podemos llamarla razonable, aunque tal acción siga pautas tradicionales o habituales que simplemente se presuponen. Una acción racional, en cambio, implica que el actor tiene una clara y nítida percepción<sup>44</sup> de los fines, medios y resultados secundarios que «entraña la consideración racional de medios alternativos para alcanzar el fin, de las relaciones del fin con otros posibles resultados del empleo de cualquier medio determinado y, por último, de la importancia relativa de diferentes fines posibles. La determinación de la acción, en términos afectivos o en términos tradicionales, es, por ende, incompatible con este tipo».<sup>45</sup>

\* Véase «The Problem of Rationality...», *op. cit.* (N. de M. Natanson).  
44 Como es obvio, este postulado de Leibnitz subyace en el concepto de racionalidad que emplean muchos estudiosos de esta cuestión. Pareto, al distinguir entre acciones lógicas y no lógicas, exige que las primeras vinculen lógicamente medios y fines, no solo desde el punto de vista del sujeto que realiza la acción, sino también desde el de otras personas que tengan un conocimiento más o menos amplio, es decir, de los científicos. (Vilfredo Pareto, *Tratado de Sociología General*, trad. al inglés con el título *The Mind and Society*, Arthur Livingston, ed., Nueva York, 1935 y 1942; véase esp. el vol. 1, sec. 150 y sigs.) El propósito objetivo y el subjetivo deben ser idénticos. El profesor Talcott Parsons (*op. cit.*, pág. 58) elabora una teoría similar. Pareto admite, sin embargo, que desde el punto de vista subjetivo casi todas las acciones humanas pertenecen a la clase lógicas (*op. cit.*, sec. 150). El profesor Howard Becker (*Through Values to Social Interpretation*, Durham, 1950, págs. 23-27) opina que la acción puede ser considerada (convencionalmente) racional cuando está centrada de modo total en medios juzgados por el actor como adecuados para el logro de fines que concibe sin ambigüedades.  
45 Max Weber, *op. cit.*, pág. 117. La caracterización de la acción racional sigue a la definición de Max Weber de uno de los dos tipos de acciones racionales que distingue (*op. cit.*, pág. 115), a saber, la llamada «*zweckrationaler Handlung*» (que Parsons traduce por «orientación racional hacia un sistema de fines discretos»). Dejamos aquí de lado el segundo tipo de acción racional de Weber, el «*wertrationaler Handlung*» (traducido por «orientación racional hacia un valor absoluto») porque, en los términos de nuestro examen, la distinción entre ambos tipos puede reducirse a una distinción entre dos tipos de «motivos porque» que conducen al proyecto de una acción como tal. «*Zweckrationaler Handlung*» implica que dentro del sistema de proyectos jerárquicos que hemos denominado «planes» se ofrecen a la elección varios cursos de acción y esta



de otros fines potenciales y la compatibilidad de los medios elegidos con otros medios necesarios para la materialización de otros proyectos.

La complicación aumenta en gran medida si el proyecto de acción racional del actor supone la acción o reacción racional de un semejante; por ejemplo, de un asociado. La proyección racional de tal tipo de acción supone conocer con claridad y nitidez suficientes la situación inicial, no solo definida por mí, sino también definida por el Otro. Además, debe haber suficiente probabilidad de que el Otro sintonice conmigo y considere mi acción bastante significativa como para ser motivada del modo «porque» por mi motivo «para». Si es así, debe haber suficiente probabilidad de que el Otro me comprenda, lo cual significa, en el caso de una relación racional, que interpretará mi acción racionalmente como acción racional y que reaccionará de una manera racional. Sin embargo, presumir que el Otro obrará así implica, por una parte, que tendrá un conocimiento suficientemente claro y nitido de mi proyecto y de su lugar en la jerarquía de mis planes (al menos, en la medida en que mis acciones manifiestas lo hagan evidente para él) y del sistema de significatividades que le asigno; y, por otra parte, que la estructura y el alcance de su acervo de conocimiento a mano serán, en sus aspectos significativos, sustancialmente similares a los míos, y que su sistema de significatividades y el mío, si no se superponen, serán congruentes por lo menos en parte. Además, si supongo en mi proyecto que la reacción del Otro a mi acción proyectada será racional, supongo que él, al proyectar su respuesta, conoce todos los elementos ya mencionados (*a*, *b* y *c*) de su reacción, de manera clara y nitida. Por consiguiente, si proyecto una acción racional que exija un entrelazamiento de mis motivos y los del Otro, con respecto a la acción que debe llevarse a cabo (*p*, *e*), quiero que el Otro haga algo para mí), debo tener, por un curioso efecto especular, suficiente conocimiento de lo que él, el Otro, sabe (y sabe que es significativo con respecto a mi propósito), y se supone que este conocimiento suyo incluye suficiente familiaridad con lo que yo sé. Esta es una condición de la interacción *idealmente* racional, porque sin tal conocimiento mutuo yo no podría proyectar «racionalmente» el logro de mi objetivo por medio de la cooperación o reacción del Otro. Además, tal conocimiento mutuo debe ser claro y nitido; no basta una mera anticipación, más o menos vaga, de la conducta del Otro.

En estas circunstancias, la interacción social racional parecería impracticable, aun entre asociados. Sin embargo, recibimos respuestas razonables a preguntas razonables, se cumplen nuestras órdenes, realizamos actividades muy «racionalizadas» en fábricas, laboratorios y oficinas, jugamos al ajedrez y, en resumen, nos entendemos de modo conveniente con nuestros semejantes. ¿Cómo es posible esto?

Al parecer, hay dos respuestas diferentes. Primero, si existe de por medio una interacción entre asociados, podemos suponer que la participación mutua en la vida en curso del asociado, el hecho de compartir sus anticipaciones tan característico de la pura relación Nosotros, establece los requisitos para la interacción racional que acabamos de

analizar. Sin embargo, precisamente esta pura relación Nosotros es lo que constituye el elemento irracional de toda relación entre asociados. La segunda respuesta no solo se refiere a la relación entre asociados sino entre contemporáneos en general. Podemos explicar la racionalidad de la interacción humana por el hecho de que ambos actores orientan sus acciones según ciertos patrones socialmente aprobados como reglas de conducta por el endogrupo al que ellos pertenecen: normas, buenas costumbres, modales, el marco organizativo establecido para tal o cual forma determinada de división del trabajo, las reglas del juego de ajedrez, etc. Pero ni el origen ni el contenido del patrón socialmente aprobado es comprendido «racionalmente». Tales patrones pueden ser aceptados tradicional o habitualmente como presupuestos y, dentro del significado de nuestras definiciones anteriores, la conducta de este tipo será sensata y hasta razonable, pero no necesariamente racional. En todo caso, no será «idealmente» racional, es decir, no cumplirá con todos los requisitos elaborados en el análisis de este concepto.

Llegamos, por consiguiente, a la conclusión de que la «acción racional», en el plano del sentido común, es siempre acción dentro de un marco incuestionado e indeterminado de construcciones de tipicidades del encuadre, los motivos, medios y fines, los cursos de acción y personalidades involucrados y presupuestos. Sin embargo, no solo los presupuestos el actor; también se presume que lo hace su semejante. De este marco de construcciones, que forman su horizonte indeterminado, se destacan conjuntos meramente particulares de elementos que son clara y nitidamente determinables. A esos elementos se refiere el concepto de racionalidad del propio sentido común. Así, podemos decir que, en este plano, las acciones son a lo sumo parcialmente racionales y que la racionalidad tiene muchos grados. Por ejemplo, el supuesto de que nuestro semejante —que participa con nosotros en una pauta de interacción— conoce sus elementos racionales nunca alcanzará «certidumbre empírica» (certidumbre «hasta nuevo aviso» o «válida mientras no se pruebe lo contrario»);<sup>49</sup> pero tendrá siempre el carácter de plausibilidad, es decir, de probabilidad subjetiva (en contraposición a la probabilidad matemática). Tenemos siempre que «aventurarnos» y «correr riesgos», y esta situación se expresa en nuestras esperanzas y temores, que no son sino los correlatos subjetivos de nuestra incertidumbre básica respecto del resultado de nuestra interacción proyectada.

Sin duda, cuanto más estandarizada es la pauta de acción prevalente, cuanto más anónima es, tanto mayor es la probabilidad subjetiva de conformidad y, por ende, del éxito de la conducta inter-subjetiva. No obstante —y esta es la paradoja de la racionalidad en el plano del sentido común—, cuanto más estandarizada es la pauta, tanto menos analizables resultan los elementos subyacentes para el pensamiento de sentido común en términos de comprensión racional. Todo esto se refiere al criterio de racionalidad aplicable al pensamiento de la vida cotidiana y sus construcciones. Solo en el nivel de los modelos de pautas de interacción construidos por el especialista en

49 Edmund Husserl, *Erfahrung und Urteil*, sec. 77, pág. 370.

ciencias sociales de acuerdo con ciertos requisitos particulares, definidos por los métodos de su ciencia, adquiere el concepto de racionalidad su plena significación. Con el fin de aclarar esto, debemos primero examinar el carácter básico de tales construcciones científicas y su relación con la «realidad» del mundo social, tal como esa realidad se presenta al pensamiento de sentido común de la vida cotidiana.

#### IV. Las construcciones de objetos de pensamiento en las ciencias sociales

##### 1. El postulado de la interpretación subjetiva

La afirmación de que el objeto de las ciencias sociales es la conducta humana, sus formas, su organización y sus productos no provocará controversias entre los especialistas. Sin embargo, habrá opiniones diferentes acerca de si esa conducta debe ser estudiada de la misma manera que el especialista en ciencias naturales estudia su objeto, o si la finalidad de las ciencias sociales es la explicación de la «realidad social» tal como la experimenta el hombre que vive cotidianamente dentro del mundo social. En la sección introductoria de este ensayo intentamos demostrar que estos principios son incompatibles. En las páginas siguientes sostenemos que las ciencias sociales deben abordar la conducta humana y su interpretación de sentido común en la realidad social, lo cual requiere el análisis de todo el sistema de proyectos y motivos, de significatividades y construcciones considerado en las secciones precedentes. Tal análisis remite necesariamente al punto de vista subjetivo; es decir, a la interpretación de la acción y su encuadre en términos del actor. Puesto que este postulado de la interpretación subjetiva es, como hemos visto, un principio general de construcción de tipos de cursos de acción en la experiencia de sentido común, toda ciencia social que aspire a captar la «realidad social» tiene que adoptar también este principio.

A primera vista, sin embargo, esta afirmación parece contradecir el método establecido incluso para las ciencias sociales más avanzadas. Tomemos como ejemplo la economía moderna. ¿Acaso los economistas no estudian el «comportamiento de los precios», y no el comportamiento de los hombres en la situación de mercado; las «formas de las curvas de demandas», y no las previsiones de los sujetos económicos simbolizadas por esas curvas? ¿No investigan con éxito asuntos tales como los «ahorros», el «capital», el «ciclo económico», los «salarios» y la «desocupación», los «multiplicadores» y el «monopolio», como si fueran fenómenos totalmente aparte de cualquier actividad de los sujetos económicos, y menos aún penetrando en la estructura subjetiva de sentido que tales actividades tienen para ellos? Los logros de las teorías económicas modernas harían absurdo negar que un esquema conceptual abstracto pueda ser utilizado con buenos resultados para solucionar muchos problemas. Y podrían darse ejemplos similares

tomados del campo de casi todas las otras ciencias sociales. Una investigación más minuciosa revela, sin embargo, que ese esquema conceptual abstracto no es más que una especie de taxigrafía intelectual, y que los elementos subjetivos subyacentes de las acciones humanas en cuestión son presupuestos o consideraciones ajenos al propósito científico a mano —el problema que se examina— y, por ende, pasados por alto. Correctamente comprendido, el postulado de la interpretación subjetiva aplicado a la economía, así como a todas las otras ciencias sociales, solo significa que siempre *podemos* —y para ciertos fines *debemos*— referirnos a las actividades de los sujetos del mundo social y a su interpretación por los actores en términos de sistemas de proyectos, medios disponibles, motivos, significatividades, etcétera.<sup>50</sup>

Pero si es así, es necesario responder a otros dos interrogantes. En primer término, los análisis anteriores nos han permitido ver que el sentido subjetivo que tiene una acción para el actor es único e individual, porque se origina en la situación biográfica única y particular del actor. ¿Cómo es posible, entonces, captar científicamente el sentido subjetivo. En segundo término, el contexto de sentido de todo sistema de conocimiento científico es un conocimiento objetivo, igualmente accesible a todos los demás hombres de ciencia y abierto a su control, lo cual significa que puede ser verificado, invalidado o refutado por ellos. ¿Cómo es posible, en tal caso, captar estructuras subjetivas de sentido mediante un sistema de conocimiento objetivo? ¿No es esto una paradoja?

Es posible responder satisfactoriamente a ambas preguntas mediante algunas consideraciones simples. En cuanto a la primera cuestión, Whitehead nos ha enseñado que todas las ciencias deben construir objetos de pensamiento propios que reemplacen a los del pensamiento de sentido común.<sup>51</sup> Los objetos de pensamiento contruidos por las ciencias sociales no se refieren a actos singulares de individuos singulares y que tienen lugar dentro de una situación singular. Mediante determinados recursos metodológicos, que luego describiremos, el especialista en ciencias sociales sustituye los objetos de pensamiento de sentido común referentes a sucesos y acontecimientos únicos construyendo un modelo de un sector del mundo social dentro del cual solo se producen los sucesos tipificados significativos para el problema específico que el hombre de ciencia investiga. Todos los demás sucesos del mundo social son considerados no significativos, «datos» contingentes, que deben ser apartados del análisis mediante técnicas metodológicas apropiadas; por ejemplo, mediante el supuesto de que «todos los demás factores permanecen iguales». <sup>52</sup> Esto no obstante, es posible construir un modelo de un sector del mundo social que consista en una interacción humana típica y analizar esta pauta típica de interacción en lo que respecta al sentido que podría

<sup>50</sup> Ludwig von Mises llama correctamente *La acción humana* a su «Tratado de economías» (*Human Action*, New Haven, 1949). Véase también F. A. Hayek, *The Counter-Revolution of Science*, Glencoe, Ill., 1952, págs. 25-36.

<sup>51</sup> Véase *supra*, págs. 36-38.

<sup>52</sup> Sobre este concepto, véase Félix Kaufmann, *op. cit.*, págs. 84 y sigs., y 213 y sigs.; sobre el concepto de «situación científica», págs. 52 y 251, nota 4.



tener para los tipos personales de actores que presumiblemente la crearon. Debemos responder a la segunda cuestión. En verdad, el problema particular de las ciencias sociales consiste en elaborar recursos metodológicos para alcanzar un conocimiento objetivo y verificable de una estructura subjetiva de sentido. Para aclarar esto, debemos considerar muy brevemente la actitud particular del científico ante el mundo social.

## 2. El especialista en ciencias sociales como observador neutral

Esa actitud del especialista en ciencias sociales es la de un metro observador neutral del mundo social. No toma parte en la situación observada, que no tiene para él interés práctico, sino solamente cognoscitivo. Aquella no es el teatro de sus actividades, sino solo el objeto de su contemplación; no actúa dentro de ella, vitalmente interesado en el resultado de sus acciones, con esperanza o temor frente a sus consecuencias, sino que la contempla con la misma distante ecuanimidad con que el especialista en ciencias naturales observa los sucesos de su laboratorio.

En este punto se hacen necesarias algunas palabras de advertencia, para evitar posibles malentendidos. Por supuesto, en la vida cotidiana el especialista en ciencias sociales es un ser humano, un ser que vive entre sus semejantes, con quienes se relaciona de muchas maneras. Y la misma actividad científica se produce, claro está, dentro de la tradición de un conocimiento de origen social, se basa en la cooperación con otros especialistas, exige mutua confirmación y crítica, y solo puede ser comunicada mediante la interacción social. Pero en la medida en que la actividad científica tiene fundamento social, es una más entre las otras actividades que se llevan a cabo dentro del mundo social. Una cosa es abordar la ciencia y los asuntos científicos dentro del mundo social, otra la actitud científica específica que debe adoptar el especialista hacia su objeto de conocimiento. Esta última es la que nos proponemos estudiar en las páginas siguientes.

Nuestro análisis de la interpretación de sentido común del mundo social de la vida cotidiana ha mostrado que la situación biográfica del hombre en la actitud natural determina, en un momento dado, su propósito a la mano. El respectivo sistema de significatividades elige determinados objetos y determinados aspectos típicos de tales objetos, destacándolos contra un fondo incuestionado de cosas presu- puestas. En la vida cotidiana el hombre se considera como el centro del mundo social, que agrupa a su alrededor en capas de diversos grados de intimidad y anonimia. Al resolverse a adoptar la actitud neutral de un observador científico —en nuestro lenguaje, al establecer un plan de vida de labor científica— el especialista en ciencias sociales se separa de su situación biográfica dentro del mundo social. Lo que se presupone en la situación biográfica de la vida cotidiana puede hacerse discutible para el científico, y viceversa; lo que en un nivel

parece muy significativo puede no serlo en absoluto en el otro. El centro de orientación cambia radicalmente, y con él la jerarquía de planes y proyectos. Al decidirse a llevar a cabo un plan de labor científica regido por la búsqueda desinteresada de la verdad de acuerdo con reglas preestablecidas, que reciben el nombre de método científico, el hombre de ciencia penetra en un campo de conocimiento preorganizado, que recibe el nombre de *corpus* de su ciencia.<sup>53</sup> Tiene que aceptar lo que otros hombres de ciencia consideran un conocimiento establecido o explicar por qué no lo hace. Únicamente dentro de este marco puede elegir su problema científico particular y adoptar decisiones científicas. Este marco constituye su «estar en una situación científica», que reemplaza a su situación biográfica como ser humano dentro del mundo. En adelante, solo el problema científico, una vez establecido, determina lo que es significativo para su solución y lo que no lo es, y por ende lo que debe ser investigado y lo que debe presuponerse como «dato»; y, finalmente, el nivel de investigación en el más amplio sentido, vale decir, las abstracciones, generalizaciones, formalizaciones e idealizaciones, en síntesis: las construcciones necesarias y admisibles para considerar el problema resuelto. En otras palabras, el problema científico es el «centro» de todas las construcciones posibles atinentes a su solución, y cada construcción lleva consigo, para usar una expresión matemática, un subíndice que se refiere al problema por el cual ha sido creada. De esto se desprende que todo cambio del problema en examen y del nivel de investigación supone una modificación de las estructuras de significatividades y de las construcciones elaboradas para la solución de otro problema o en otro nivel; la omisión de este hecho ha ocasionado muchos malentendidos y controversias, sobre todo en las ciencias sociales.

## 3. Diferencias entre las construcciones del sentido común y las construcciones científicas concernientes a las pautas de acción

Consideremos muy brevemente (y de manera muy incompleta) algunas de las diferencias más importantes entre las construcciones del sentido común y las construcciones científicas referentes a pautas de interacción que se originan en la transición de la situación biográficamente determinada a la situación científica. Las construcciones del sentido común se forman a partir de un Aquí dentro del mundo que determina la supuesta reciprocidad de perspectivas. Ellas presuponen un acervo de conocimiento de origen social y socialmente aprobado. La distribución social del conocimiento determina la estructura particular de la construcción tipificadora, por ejemplo, el presunto grado de anonimia en los roles personales, la estandarización de las pautas de cursos de acción y la presunta constancia de motivos. Sin embargo, esta distribución social misma depende de la compo-

53 *Ibid.*, págs. 42 y 232.

*El mundo social es un mundo de actores que interactúan entre sí. El científico debe ser un observador neutral, no involucrado en el mundo que observa. El mundo social es un mundo de actores que interactúan entre sí. El científico debe ser un observador neutral, no involucrado en el mundo que observa.*

... heterogénea del acervo de conocimiento a mano, que es en sí mismo un elemento de la experiencia de sentido común. Los conceptos de «Nosotros», «Vosotros», «Ellos», «endogrupo» y «exogrupo», de asociados, contemporáneos, predecesores y sucesores, todos con su estructuración particular... familiaridad y anonimía, están por lo menos implícitos en las tipificaciones de sentido común e incluso las constituyen. Todo esto no solo es válido para quienes participan en una pauta de interacción social, sino también para el mero observador de tal interacción que aún hace sus observaciones desde su situación biográfica dentro del mundo social. La diferencia entre unos y otros es simplemente que el participante en la pauta de interacción, guiado por la idealización de la reciprocidad de motivos, supone que sus propios motivos están entrelazados con los de sus asociados, mientras que para el observador sólo son accesibles los fragmentos manifiestos de las acciones de los actores. Sin embargo, participantes y observador forman sus construcciones de sentido común con relación a su situación biográfica. En ambos casos, esas construcciones ocupan un lugar particular dentro de la cadena de motivos iniciada en la jerarquía biográficamente determinada de los planes del constructor.

En cambio, las construcciones de pautas de interacción humana elaboradas por el especialista en ciencias sociales son de un tipo completamente diferente. Este no tiene ningún Aquí dentro del mundo social; más precisamente, considera su posición dentro de él y el correspondiente sistema de significatividades como ajenos a su empresa científica. Su acervo de conocimiento a mano es el *corpus* de su ciencia, y él debe presupearlo —o sea, en este contexto, considerarlo científicamente establecido—, a menos que explique sus razones para no hacerlo. A este *corpus* de ciencia pertenecen también las reglas de procedimiento aprobadas, es decir, los métodos de su ciencia, incluso los métodos para elaborar construcciones de una manera científicamente correcta. Este acervo de conocimiento tiene una estructura muy diferente del acervo que tiene a mano el hombre en la vida cotidiana. Sin duda, también manifiesta diversos grados de claridad y nitidez. Pero esta estructuración dependerá del conocimiento de los problemas resueltos, de sus implicaciones aún ocultas y de sus horizontes abiertos sobre otros problemas todavía no formulados. El hombre de ciencia presupone lo que él define como un dato, y, *en eso, es independiente de las creencias aceptadas por cualquier subgrupo en el mundo de la vida cotidiana.*<sup>54</sup> Una vez establecido, solamente el problema científico determina la estructura de significatividades.

Al no tener ningún Aquí dentro del mundo social, el especialista en ciencias sociales no organiza este mundo en capas que lo tienen como centro. Nunca puede entrar, como asociado, en una pauta de interacción con uno de los actores de la escena social, sin abandonar, al menos temporariamente, su actitud científica. El observador participante o trabajador de campo establece contacto con el grupo estu-

diado como un hombre entre sus semejantes; solo su sistema de significatividades, que le sirve como esquema para seleccionar e interpretar, está determinado por la actitud científica, que abandona temporariamente para resumirla luego. Así, al adoptar la actitud científica, el especialista en ciencias sociales observa las pautas de interacción humana o sus resultados en la medida en que son accesibles a sus observaciones y están abiertos a sus interpretaciones. Pero debe interpretar estas pautas de interacción en términos de su estructura subjetiva de sentido, para no tener que abandonar toda esperanza de captar la «realidad social». Para satisfacer este postulado, el observador científico actúa de una manera similar a la del observador de una pauta de interacción social en el mundo de la vida cotidiana, aunque guiado por un sistema totalmente diferente de significatividades.

#### 4. El modelo científico del mundo social<sup>55</sup>

El especialista en ciencias sociales comienza por construir pautas típicas de cursos de acción correspondientes a los sucesos observados. Luego coordina estas pautas con un tipo personal, un modelo de actor a quien imagina dotado de conciencia. Sin embargo, es una conciencia que se limita a contener todos los elementos significativos para la efectividad de las pautas de cursos de acción observadas y, por lo tanto, para el problema que tiene en estudio. Así, atribuye a esta conciencia ficción un conjunto de motivos «para» típicos, correspondientes a los fines de las pautas de cursos de acción observadas y a los motivos «porque» típicos sobre los que se fundan los motivos «para». Se supone que ambos tipos de motivos son invariables en la mente del actor-modelo imaginario.

Sin embargo, esos modelos de actores no son seres humanos que vivan dentro de su situación biográfica en el mundo social de la vida cotidiana. En términos estrictos, no tienen biografía ni historia, y la situación en la que son colocados no está delimitada por ellos, sino por su creador, el especialista en ciencias sociales, que ha creado esos tipos u homínuculos para manipularlos con vistas a lograr su propósito. El especialista les atribuye una conciencia solo aparente, construida de tal modo que el acervo de conocimiento a mano que se les asigna (incluyendo el conjunto adscriptivo de motivos invariables) haría, subjetivamente comprensibles las acciones originadas en él, siempre que fueran llevadas a cabo por actores reales dentro del mundo social. Pero el tener y su conciencia artificial no están sometidos a las condiciones ontológicas de los seres humanos. El homínuculo no nació, no crece ni morirá. No tiene esperanzas ni temores; no conoce la ansiedad como principal motivo de todos sus actos. No es libre en el sentido de que su acción pueda transgredir los límites que

54 Dejamos de lado intencionalmente los problemas de la llamada sociología del conocimiento que de aquí se desprenden.

55 Para esta sección, además de la bibliografía mencionada en las notas 31 y 46, véase Alfred Schutz, «The Problem of Rationality...», *op. cit.*, págs. 130-49.

ha establecido su creador, el científico social. Por lo tanto, no puede tener otros conflictos de intereses y motivos que los que aquel le ha atribuido. No puede errar, si errar no es su destino típico. No puede elegir, salvo entre las alternativas que el científico social ha colocado ante él como abiertas a su elección. Mientras que el hombre, como ha visto con claridad Simmel,<sup>10</sup> entra en toda relación social simplemente con una parte de su yo y está, al mismo tiempo, siempre dentro y fuera de tal relación, el hombre colocado en una relación social, participa en ella en su totalidad. No es más que el creador de su función típica, porque la conciencia artificial que se le ha atribuido no contiene otros elementos que los necesarios para dotar de sentido subjetivo a tales funciones.

Examinemos brevemente algunas de las implicaciones de esta caracterización general. El hombre está dotado de un sistema de significatividades que se origina en el problema científico de su constructor, y no en la situación particular biográficamente determinada de un actor dentro del mundo. Es el hombre de ciencia quien define lo que es para su titero un Aquí y un Allí, lo que está dentro de su alcance, lo que es para él un Nosotros, un Vosotros o un Ellos. El especialista determina el acervo de conocimiento a mano que atribuye a su modelo. Este acervo de conocimiento no es de origen social, y, a menos que sea especialmente diseñado de tal modo, no remite a la aprobación social. El sistema de significatividades correspondiente al problema científico en estudio es lo único que determina la estructura intrínseca de este, o sea, los elementos «cerca de» los cuales se atribuye al hombre conocimiento, los que conoce por trato directo y los que simplemente presupone. Con esto queda determinado lo que se presume que es familiar y lo que es anónimo para él, y en qué nivel se produce la tipificación de las experiencias del mundo que se le atribuyen.

Si se concibe tal modelo de actor como relacionado y en interacción con otros actores —también ellos hombres—, entonces la tesis general de las perspectivas recíprocas, de su entrelazamiento y, por consiguiente, de la correspondencia de motivos, está determinada por el constructor. Los tipos de curso de acción y los tipos personales presuntamente elaborados por el titero acerca de sus asociados, incluso la definición de su sistema de significatividades, roles y motivos, no tienen el carácter de una meta posibilidad que será cumplida o no por los acontecimientos futuros. El hombre no tiene anticipaciones variables de las reacciones de los Otros ante sus propias acciones, y tampoco autotipificaciones. No asume otro rol que el que le asigne el director del espectáculo de titeros al cual se denomina modelo del mundo social. Es él, el científico social, quien monta el escenario, distribuye los roles, hace de apuntador, define cuando comienza una «acción» y cuándo termina, y así determina la «gama de proyectos» respectivas. Todas las normas e instituciones que gobiernan las pautas de conducta del modelo son suministradas desde un primer momento por las construcciones del observador científico. En tal modelo simplificado del mundo social, los actos racionales pu-

ros, las elecciones racionales a partir de motivos racionales, son posibles porque han sido eliminadas todas las dificultades que traban al actor real en el mundo de la vida cotidiana. Así, el concepto de racionalidad, en el sentido estricto ya definido, no se refiere a acciones dentro de la experiencia de sentido común de la vida cotidiana en el mundo social: es la expresión de un tipo particular de construcciones de ciertos modelos específicos del mundo social, elaborados por el científico social con ciertos fines metodológicos específicos. Pero antes de examinar las funciones particulares de los modelos «racionales» del mundo social, debemos indicar algunos principios que gobiernan la construcción de modelos científicos de la acción humana en general.

### 5. Postulados prohibidos de las construcciones de los modelos científicos del mundo social

Ya hemos dicho que el problema principal de las ciencias sociales es elaborar un método para abordar de manera objetiva el sentido subjetivo de la acción humana, y que los objetos de pensamiento de las ciencias sociales deben ser compatibles con los objetos del pensamiento de sentido común constituidos por los hombres en la vida cotidiana con el fin de enfrentar la realidad social. Las construcciones de modelos antes descriptas cumplen con estos requisitos si están elaboradas de acuerdo con los postulados siguientes:

#### a. El postulado de coherencia lógica

El sistema de construcciones típicas elaborado por los científicos debe ser establecido con el grado más alto de claridad y nitidez en lo que atañe al armazón conceptual implicado y debe ser totalmente compatible con los principios de la lógica formal. El cumplimiento de este postulado garantiza la validez objetiva de los objetos de pensamiento constituidos por el especialista en ciencias sociales, y su índole estrictamente lógica es una de las características más importantes que permiten distinguir los objetos del pensamiento científico de los objetos del pensamiento de sentido común constituidos en la vida cotidiana y talos, que deben reemplazar.

#### b. El postulado de la interpretación subjetiva

Para explicar las acciones humanas, el hombre de ciencia debe preguntarse qué modelo de mente individual es posible construir y qué contenidos típicos se le deben atribuir para explicar hechos observados como resultado de la actividad de dicha mente en una relación comprensible. El cumplimiento de este postulado garantiza la posibilidad de referir todos los tipos de acción humana o su resultado al sentido subjetivo que tal acción o resultado de una acción tiene para el actor.

atribuye conocimientos, sus presuntos motivos entrelazados, el grado de familiaridad o anonimia en que se supone que interactúan, etc. Por ejemplo: si como economista me interesa la teoría del oligopolio, puedo construir modelos de una sola empresa, de una industria o del sistema económico en su totalidad. Si me limito a la teoría de la empresa individual analizando, por ejemplo, los efectos de un acuerdo entre cárteles sobre la producción de la respectiva mercadería, puedo construir un modelo de un productor que actúa en condiciones de competencia no regulada, otro de un productor con las mismas condiciones de costos que actúa bajo las restricciones que le imponen los cárteles y con el conocimiento de restricciones similares impuestas a otros productores de la «misma» mercadería. Podemos entonces comparar la producción de «la» empresa en los dos modelos. Todos estos son modelos de acciones racionales, pero no de acciones electivas por seres humanos vivos en situaciones definidas por ellos. Se las supone practicables por los tipos personales que el economista construye dentro del medio artificial en que ha situado a sus héroes.

## VI. Observaciones finales

La relación entre el especialista en ciencias sociales y el titero que ha creado refleja, en cierta medida, un viejo problema de la teología y la metafísica: el de la relación entre Dios y sus criaturas. El titero existe y actúa únicamente por gracia del especialista; no puede actuar sino de acuerdo con el propósito que le determina la sabiduría de aquel. Se supone, sin embargo, que actúa no como si estuviera determinado, sino como si pudiera determinarse a sí mismo. Ha sido pre-establecida una armonía total entre la conciencia determinada que se asigna al titero y el medio preconstituido dentro del cual se supone que actúa libremente y lleva a cabo elecciones y decisiones racionales. Esta armonía solo es posible porque ambos, el titero y su medio reducido, son creación del hombre de ciencia, que ateniéndose a los principios que lo han guiado, logra en verdad descubrir dentro del universo así creado la perfecta armonía que él mismo ha establecido.

58 Agradezco a mi amigo el profesor Fritz Machlup su autorización para tomar los ejemplos siguientes de su libro *The Economics of Seller's Competition: Methods and Analysis of Seller's Conduct*, Baltimore, 1952, págs. 4 y sigs.

### c) El postulado de adecuación:

Cada término de un modelo científico de acción humana debe ser construido de tal manera que un actor humano efectuado dentro del mundo vivo por un actor individual de la manera indicada por la construcción típica sea comprensible tanto para el actor mismo como para sus semejantes en términos de las interpretaciones de sentido común de la vida cotidiana. El cumplimiento de este postulado garantiza la compatibilidad de las construcciones del científico social con las de la experiencia de sentido común de la realidad social.

### V. Construcciones de los modelos científicos de pautas de acción racional

Todas las construcciones de modelos del mundo social, para ser científicas, deben cumplir con los requisitos que establecen esos tres postulados. Pero, ¿acaso toda construcción que cumpla con el postulado de compatibilidad lógica no es racional por definición, como lo es toda actividad científica?

Esto es exacto, sin duda, pero debemos evitar un peligroso malentendido. Deben distinguirse las construcciones racionales de modelos de acciones humanas, por un lado, y las construcciones de modelos de acciones humanas de conducta irracional, como revela una ojeada a cualquier texto de psiquiatría. En cambio, el pensamiento de sentido común suele construir modelos irracionales de conductas muy racionales; por ejemplo, al explicar las decisiones económicas, políticas, militares y hasta científicas con referencia a sentimientos o ideologías que, según se presume, gobiernan la conducta de los participantes. La racionalidad de la construcción del modelo es una cosa, y en este sentido todos los modelos apropiadamente contruidos de la ciencia —no solamente los de las ciencias sociales— son racionales, y otra diferente la construcción de modelos de conducta racional. Sería un grave equívoco creer que es propósito de las construcciones de modelos en las ciencias sociales, o un criterio de su carácter científico, el interpretar las pautas irracionales de conducta como si fueran racionales.

En lo que sigue nos ocuparemos principalmente de la utilidad de los modelos científicos —y por ende, racionales— de las pautas racionales de conducta. No es difícil entender que la construcción científica de un tipo perfectamente racional de curso de acción, de su correspondiente tipo personal y también de pautas racionales de interacción, es posible en principio. Esto se debe a que, al construir un modelo de una conciencia ficticia, el investigador puede elegir como significativos para su problema sólo aquellos elementos que hacen posibles las acciones o reacciones racionales de sus homínuculos. El postulado de racionalidad que tal construcción debe satisfacer puede ser formulado de la siguiente manera:

Los tipos racionales de cursos de acción y personales deben ser contruidos de tal manera que un actor del mundo real efectuaría la acción tipificada si tuviera un conocimiento perfectamente claro y nítido de todos los elementos que el especialista en ciencias sociales supone significativos para esta acción, y sólo de ellos, y si tuviera además la tendencia constante a emplear los medios más apropiados de que, según se presume, dispone para lograr los fines definidos por la construcción misma.

La ventaja de utilizar en las ciencias sociales tales modelos de conducta racional puede ser caracterizada del siguiente modo:

1. La posibilidad de construir pautas de interacción social, en el supuesto de que todos los participantes en ella actúan racionalmente dentro de un conjunto de condiciones, medios, fines y motivos definidos por el especialista en ciencias sociales y que se suponen comunes a todos los participantes o distribuidos entre ellos de una manera específica. Mediante este ordenamiento, puede ser aislada para su estudio la conducta estandarizada, como los denominados roles sociales, la conducta institucional, etcétera.
2. Al par que la conducta de los individuos del mundo social real no es predecible, salvo en anticipaciones vagas, la conducta racional de un tipo personal construido se supone predecible por definición dentro de los límites de los elementos tipificados en la construcción. Por consiguiente, el modelo de acción racional puede ser utilizado como recurso para establecer la conducta desviada en el mundo social real y para referirla a «datos que trascienden el problema», es decir, a elementos no tipificados.
3. Mediante variaciones adecuadas de algunos de los elementos, es posible construir varios modelos y hasta conjuntos de modelos de acciones racionales para resolver el mismo problema científico, y compararlos.

57. Parece necesario, sin embargo, comentar este último punto. ¿No declaramos antes que todas las construcciones lleven consigo un «subíndice» que se refiere al problema en examen y deben ser revisadas si este experimenta alguna modificación? ¿No existe cierta contradicción entre esta concepción y la posibilidad de construir varios modelos que complan en la solución del mismo problema científico? La contradicción desaparece si consideramos que todo problema es simplemente un centro de implicaciones que pueden hacerse explícitas o, para usar un término de Husserl,<sup>57</sup> que lleva consigo su horizonte interno de elementos incuestionados, pero cuestionables.\*

Con el fin de hacer explícito el horizonte interno del problema, podemos variar las condiciones en las que se supone que actúan los actores ficticios, así como los elementos del mundo de los cuales se les

<sup>57</sup> Con respecto al concepto de horizonte, véase Helmuth Kuhn, «The Phenomenological Concept of Horizon», en Marvin Farber, ed., *Philosophical Essays in Memory of Edmund Husserl*, Cambridge, 1940, págs. 106-24, y Ludwig Landgrebe en Edmund Husserl, *Erfahrung und Urteil*, secs. 8-10.

\* Véase, por ejemplo, «Formación de conceptos y teorías en las ciencias sociales», págs. 82-85. (N. de M. Natanson.)